



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 25. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 2 Julio 1876. | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXVI.

SUMARIO.—Revista de modas, por Joaquina Balmaseda.—Trajes y sombreros de verano.—Vestido para niña.—Vestido de viaje para señora.—Vestido con abrigo y guardapolvo.—Traje de percial guarnecido con puntillas.—Vestido de lunon.—Traje para jovencita.—Vestido con plegados.—Vestido de muse-lina.—Vestido con coraza larga y túnica albornoz.—Vestido con dolman.—Sombrero Angot.—Som-brero Derby.—Sombrero Aida.—Sombrero Pastora.—Sombrero Regente.—Peinado Cébro.—Peina-do Inocencia.—Fichú de malla.—Fichú de tul.—Puntillas de crochet y cinta.—LITERATURA: La aso-

ciacion de huérfanos vagabundos.—Flores y Espinas, poesía, por Luisa Durán de Leon.—A Angela Grassi, poesía, por Aurora Lista de Milbart.—A ella, soneto, por A. Alcalde Valladares.—El Cautivo, soneto, por Antonio Guijora y Gomez.—El nombre del autor, por Adolfo R. Gamez.—El puente Mayor de Valladolid, por Eduarda Feijó de Mendoza.—Revista semanal, por Alberto Diaz de la Quintana.—Charada.—Corres-pendencia.—Explicacion del figurin

#### REVISTA DE MODAS

Los jardines del Buen Retiro y los dos circos del paseo de Recoletos, son los sitios en que se dan cita la buena sociedad de la corte, y para los que hace sus más brillantes preparativos la Moda de verano: no son ya los trajes ligeros de organdi ó granadina los que forman la mayoría de aquella concurrencia que va á pasar las veladas entre áuras, follaje, perfumes y armonías; la Moda actual favorece las telas pesadas, y el ambiente fresco de los jardines las reclama á su vez, viéndose muchos trajes de faya de dos tonos claros, tunicas blancas de cachemir, de un corte irreprochable, de brocatel y de *Suhrac*, tela fina de lana que tiene la misma caída que el cachemir: á estas reemplazarán en las noches de un calor excesivo las de tul griego rayadas por tren-cillas, y las de granadina y cañamazos á rayas mates y rayas caladas, colocadas sobre cuerpo de seda alto y con mangas cortas. La forma de túnica muy larga y caprichosamente recogida, ó la de vestido con echarpes cruzados de dos tonos que terminan por detrás bajo lazadas ó cascadas de encaje, son las dos hechuras del momento, conseguidas con más ó menos tacto, porque la complicacion del vestido actual da tanto campo al arte de la modista, que basta un recogido extraño, un lazo bien hecho ó bien colocado, para darnovidad á una hechura ya conocida. El adorno de galones que se sostiene para trajes de verano, se limita á determinadas telas, ó sobre tul, para que resulten rayas mates y rayas caladas, ó para percales y batistas en trajes de campo y mañana. Los demás trajes de sederia y cachemires ó telas ligeras, se adornan con flecos, encajes y bordados á la inglesa, no ya en blanco, sino en batistas del color del traje, con todo el bordado de seda: este adorno tiene reflejos seductores! Los encajes en blanco, en negro, en crema, sencillamente de aplicaciones sobre tul, están muy admitidos como adorno de los vestidos de verano, reproduciéndose con encantadora coquetería en los plegados que cruzan una falda en distintas direcciones, produciendo una confusion difícil de explicar, pero rica y bella: asimismo los flecos como adorno se llevan con furor, y se han hecho pruebas en París de flecos de distinto color que el traje, dando un resultado feliz. Me hablan de un traje gris plata con flecos azules y de uno marron con flecos rosa, lucidos por personas de distincion.



1 A 3. TRAJES DE VIAJE.

1. Vestido para niña.

2. Traje para señora.

3. Vestido con abrigo y guardapolvo.

Los sombreros, que parecian algo desterrados por nuestras elegantes, inclinadas estos últimos tiempos á la graciosa toquilla española, han reconquistado el favor perdido, y en los jardines y teatros se presentan casi todas las señoras con sombreros de paja de arroz, de fondo bullonado en faya ó en encaje, y guirnalda de flores formando flecos que al mover la cabeza tienen la graciosa ondulacion de la pluma: los adornos de encaje blanco y de cinta crema sobre la paja oscura, son de un efecto

seductor para señoras casadas, y para las jóvenes el sombrero de paja y de crin, de blancura inmaculada con guirnalda de reseda, de miosotis y capullos.

Los grandes *pallaisones* de junco, con el ala ondeada, se destinan particularmente á campo y playa, y con ellos las guirnalda de avena, de espigas y amapolas, son de una propiedad seductora. Estos sombreros corresponden á los trajes de lanas gruesas, percales y alsacianas, hechos con paletot semejante al chaquet de caballero, y cerrando con un solo boton sobre chaleco blanco.

Lo que más preocupa á las expedicionarias que acuden á los grandes centros de bañistas, donde la Moda tiene uno de sus más animados palenques, son los trajes para casino. Para este objeto hacen trajes de baile como podrian lucirse en el invierno en los grandes salones, y entre los últimos modelos creados para este objeto, figura un vestido Princesa, de faya blanca, escotado y con doble plegado de tarlatana al borde de la falda y cinta azul á la pegadura; túnica hebrea escotada, de tarlatana y formando largo delantal por delante, y dos puntas por detrás que se prolongan de la espalda, que baja plegada desde el escote á unir á mitad de la falda con el delantero, bajo un echarpe azul que rodea la túnica y se anuda á un lado: un bordado azul y un encaje guarnecen la túnica, cubriendo la pegadura del encaje un pequeño vivo azul. Este traje es de una novedad encantadora y de un mérito de ejecucion nada comun: por él comprendereis que la forma Princesa se sostiene con empeño para todos los vestidos de alguna pretension. Los vestidos de muselina blanca con entredoses y encajes, son siempre vestidos deliciosos para casino, y sencillamente los blancos con plegados de su misma tela. Los linós y granadinas, los trajes claros de lanas con tunicas ligeras, se utilizarán igualmente para este objeto, porque deben tener muy presente las señoras que un vestido resulta elegante y pretencioso más por la hechura y detalles de buen gusto que le realzan, que por el mérito de la tela misma. Los fichús para las jóvenes, que se llevan cada vez más, son tambien un recurso para estos casos, y un fichú de encaje, unos lazos en un vestido y unas flores en la cabeza, ofrecen siempre un atavio encantador para una adolescente que tiene el atractivo de su primera juventud.

Aunque los niños estén bien atendidos por nuestros



grabados, justo es dedicar alguna vez á las madres ligeros consejos respecto á esos querubines que han de formar la futura generacion. Los trajes de la primera infancia hace ya tiempo que conservan la severa forma inglesa que corresponde á los vestidos Princesa que usan las señoras: ese delantero, de forma de sotana con talle muy prolongado, la falda muy corta y plegada por detrás, la faja muy caída y sostenida con presillas, es hechura que deja gran libertad al niño ó á la niña, que ámbos la utilizan hasta la edad de siete años los niños, y las niñas hasta lo ménos diez: hay algunos trajes de estos que se completan con un paletot abierto y sin mangas de la misma tela del vestido, é iguales adornos. La tela más propia para niñas y niños en los primeros años es el piqué y el cachemir, y como color el blanco; pero como no puede exigirse á una madre que lleve á su hijo con una serie de vestidos todos iguales, se permiten en las mismas hechuras vestido de percales y batistas crudas para niñas, y de hilo y popelinas para niños, adornándose invariablemente estos trajes con bordados blancos á la inglesa ó galones de su color en los de lanas. Todos estos vestidos van ceñidos con anchas fajas de seda ó crespon de lana de color, realizados con cuellos marineros, botones-bola pequeñitos, y como sombreros el *Birrete* marinerio para los niños, con su pompon en el centro, y el *Niçois* para las niñas, de paja de arroz, con terciopelo y flores, ó de muselina con valenciennes. Cuando el niño ó niña no pasan de tres años, llevan la misma forma de vestido con escotito cuadrado y manga corta: en cambio si el niño pasa de siete años, lleva el calzon hasta la rodilla y la blusa ceñida con cinturón ó un paletot holgado con grandes solapas y bolsillos; y la niña desde los doce años, copia los vestidos de las señoras, siempre conservando su falda corta y plegada, que para este tiempo puede completarse con túnica de organdí, sin mangas, para dejar ver las del vestido, holgada del talle y cerrando torcida con lazos del color del traje.

JOAQUINA BALMASEDA.

## EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

## 1 Á 3. TRAJES PARA VIAJE.

1. *Vestido para niña*.—Falda y cuerpo con aldeta larga de hilo crudo, con galones blancos y bieses estrechos ó soutache: la falda, lisa por delante, va á pliegues muy dobles por detrás, y el cuerpo puede ser alto ó abierto en cuadro. Sombrero tirolés de paja negra, con cordones y borlas de paja y un ala de pichon á un lado.

2. *Vestido con abrigo guarda-polvo*. (Patron: en el mes de Noviembre anterior).

Córtase este abrigo por un patron de Waterproof, cuya esclavina cubre enteramente el brazo, y su capucha puede cubrir la cabeza: es de tela cruda, adornado de bies orillado de blanco y con una cenefa bordada de soutache, con blanco tambien: en nuestros pliegos de dibujos le hallarán nuestras lectoras para esta cenefa: vestido de lana; sombrero japonés, y saco de mano, de lienzo, con tiras de piel de Rusia.

3. *Paletot Ulster*. (Patron: en el mes de Mayo próximo pasado).

Este paletot forma gran tabla por detrás, sujeta con botones en el talle, y se hace en cheviot, impermeable, ó alpaca, adornado tan sólo de pespuntos hechos á la máquina. Porta-abrigo en bandolera. Sombrero negro ribeteado de terciopelo con pluma.

## 4 Á 7 Y 17 Y 18. SOMBREROS DE VERANO.

4 y 18. *Sombrero Derby*.—Estos dos números presentan por delante y por detrás un sombrero pallaison negro, con el ala terminada por los mismos picos de la paja, formando vuelta por detrás, como muestra el núm. 18. Una guirnalda á la cara, de pino y hierbas, en fleco y grupo de lo mismo, con largas caídas de cinta por detrás, completan el sombrero.

5. *Sombrero Angot*.—El ala ancha, de 7 cents, va levantada de un lado y forrada de terciopelo negro: el fondo del sombrero, redondo y elevado, serodea de una tira de faya crema, de 24 cents. de ancha, anudada á un lado, y cuyas puntas van deshiladas: una guirnalda de alelíes amarillos adorna el nudo del sombrero, y otra rama igual se fija debajo del ala.

6. *Sombrero Aida*.—Sienta muy bien, sobre todo á las jóvenes: es de paja de Italia, y se guarnece de una barba de tul crema bordada de seda igual, y cuyas puntas forman nudo elegante por detrás: á un lado va un grupo de flores silvestres, y el ala forrada de terciopelo negro.

7. *Sombrero Pastora*.—La copa plana de este sombrero de paja de Italia, va rodeado de una guirnalda de hiedra y lila, y un lazo crema de cinta de 6 cents. de ancho

le completa al lado. (Véase el que tiene la figura número 12).

17. *Sombrero Regente*.—Esta forma es destinada á señoras de respeto y se hace en paja negra, gris ó marrón, adornado de encaje crema y corona de espigas combinadas con lazos de terciopelo negro: por detrás una doble tira de paja, fija dos encajes crema que rematan en dos barbas de 25 á 30 cents. de largas y se anudan por delante; un encaje crema forma diadema por dentro.

## 8 Y 9. FICHÚS.

El primero, de malla, necesita 30 gramos de seda, 2 agujas y dos malleros de distintos gruesos, y el número del 18 de Mayo explica la ejecución de este elegante adorno. Comiénzase el triángulo por un lado con 121 puntos en el mallero grueso, con la seda devanada tres veces doble, y despues de tres vueltas hechas con seda triple, se hacen con el mallero más grueso otras tres con la seda sextuple, y se va estrechando, dejando sin hacer los últimos puntos de cada vuelta. Se termina con una vuelta todo alrededor en el mallero más grueso, á la cual se anuda el fleco.

El segundo es un rectángulo de 90 cents. por 150 de tul griego, con encaje alrededor, y fruncido en los ángulos, encaje que tiene de 7 á 9 cents. de ancho. El fichú se dobla en pañuelo y se anuda por delante, sujeto con un grupo de flores.

## 10 Á 14. VESTIDOS PARA VERANO.

(Patrones para ellos en los pliegos de Mayo y Junio).

Los dos pliegos citados ofrecen patrones de túnicas, cuerpos y paletots como los que presentan los grabados que damos hoy, y sirven para telas de hilo, algodón, lánillas y batistas: en las primeras, los recogidos deben hacerse por jaretas que permiten estirar la falda al lavarla y plancharla.

10 y 22. *Vestido de percal*.—Es de la tela llamada Mulhous ó alsaciana, á cuadros blancos y azules, con bieses blancos orillados de serpentina y la falda con dos volantes orillados del mismo biés que se repite á la pegadura: la túnica se corta por el croquis núm. 22, y la coraza es lisa, adornada del mismo biés. Una puntilla de crochet completa el vestido, y forma el fichú.

11. *Vestido de muselina*.—El cuerpo-blusa y la túnica son de una pieza, ceñida del talle con la limosnera: la muselina, que es rayada, lleva dos volantes en la falda á tablas y terminados por un encaje, cuyo adorno se repite alrededor de la túnica: manga hasta el codo con volante como los de la falda. Limosnera de seda de color con cintas que la suspenden del talle.

12. *Vestido para jovencita*.—Es de batista cruda con falda redonda, adornada de plegados de lo mismo y polonesa ó túnica abotonada por detrás, cuyo modelo recibieron en el mes de Mayo nuestras lectoras: el escote, abierto en corazon, se completa con un fichú de tul crema bordado con aplicaciones, y por abajo la túnica lleva bieses de otro tono, y cintas azules por detrás en el recogido. Sombrero de paja (Véase el núm. 7).

13. *Vestido de percal*.—Es de percal frances blanco y negro á rayas, con plegados de lo mismo, cosidos bajo un vivo blanco: un plegado de 4 cents. guarnece el cuerpo y mangas. Corbata de tul.

14. *Vestido de muselina*.—Esta falda es la misma de la figura núm. 11, completándola un mantelo recto adornado de bieses y entredoses trasversales, subiendo el último y un volante á guarnecer el mantelo por detrás. Lazos de cinta de color adornan la túnica y la chaqueta por delante. Para este vestido pueden hacerse entredoses de malla y bordados en tul.

## 15 Y 16. PUNTILLAS DE CROCHET Y CINTA IRLANDESA.

La cinta irlandesa, unida por crochet, es otra de las modernas invenciones de un resultado feliz. Para la primera de nuestros dos modelos va colocada la cinta en ondulacion, cuyos huecos se llenan á crochet, orillándola por cada lado una vuelta de barras, y la del borde con picots entre ellas. La segunda lleva la cinta en festones, y en el centro de cada onda una cruz de crochet. Una vuelta semejante á la de la anterior orilla el borde.

## 19 Á 21. VESTIDO CON CORAZA LARGA Y TÚNICA-ALBORNOZ.

Puede hacerse este traje en muselina batista cruda ó gasa. Los núms. 19 y 20 muestran el vestido por delante y por detrás, y el adorno, tan rico como elegante, consiste en un doble encaje de 10 cents. de ancho y un entredos de 7, orillado de una pequeña puntilla; todo esto en crema ó blanco, segun el gusto de cada cual, pudiendo ser tambien de encaje irlandés, aplicacion sobre tul, malla, etc. La falda lleva un volante plegado con una

ruche de la misma muselina á la pegadura, y la túnica la presenta extendida el núm. 21 con sus medidas y adornos ya colocados: la parte del centro mide 154 cents. de larga, y de los lados al hilo tiene 118 cents.: uno de los lados, adornado de encaje y entredoses va unido á la túnica de un largo de 46 cents., midiendo de la punta al biés, de modo que la parte triangular, plegada del centro, corresponde exactamente á las medidas que indica el patron: el lado oblicuo de la túnica tiene un doblez de 7 cents. Sombrero, el de la fig. 7.

## 23. VESTIDO CON DOLMAN.

(Patron: en el mes de Mayo último.)

Vestido liso de faya y dolman de cachemir negro, con muchos órdenes de galones de lana, cosidos sobre tul griego de agujero grueso, formando entredos de 10 cents. El encaje que guarnece el borde, tiene 7 cents. de ancho, y otro más estrecho adorna la pegadura de la manga. Sombrero paja, con rosas, cintas y barba de tul crema.

JOAQUINA BALMASEDA.



De la excelente *Revista* que dirige en esta corte el distinguido literato D. Eleuterio Llofrin y Sagrera, tomamos el siguiente artículo, que por la importancia del asunto de que trata, merece ocupar la atencion de todas las personas caritativas.

Nosotros no dudamos que nuestras espirituales suscriptoras, cooperarán en cuanto les sea posible para que este generoso pensamiento halle en el público favorable y justa acogida.

## LA ASOCIACION PROTECTORA DE HUÉRFANOS VAGABUNDOS.

La apreciable escritora Doña Joaquina G. Balmaseda, respondiendo al llamamiento que en las columnas de *La Revista* se hizo á cuantas personas albergasen sentimientos de caridad para realizar en nuestro país una asociacion dedicada á amparar y proteger á los niños abandonados ó vagabundos, ha escrito una carta á la señora duquesa de Santoña, esperando que dicha señora acoga el pensamiento y contribuya á realizarlo: la señora duquesa ha contestado como esperábamos los que la conocemos, y no dudamos que su ilustrado y eficaz apoyo ha de ser quizá la vida de un pensamiento tan grande y tan digno del generoso corazon de las almas impulsadas por el noble y divino sentimiento de caridad.

Reciba la señora duquesa de Santoña las gracias más expresivas en nombre de los desgraciados á quienes el pensamiento puede apartar de los abismos de la miseria y de la ignorancia. Al proteger la idea que *La Revista* lleva al fin concreto de la realizacion desde sus columnas, la señora duquesa adquirirá la gloria más duradera en esta vida; la que nace del bien que á los infelices se hace.

Y nos enorgullece haber sido los primeros en atrevernos á creer posible en nuestro país lo que parecia imposible á muchos de los que hoy van creyendo en la realizacion, publicando la invitacion que apareció en el número segundo de *La Revista*, con lo cual nos exponiamos á ser blanco de los dardos del ridículo si no encontraba eco la idea, pero al propio tiempo, si se respondia, como ha sucedido, á nuestro noble llamamiento, veiamos cumplidos nuestros deseos y nos cabia la gloria de habernos atrevido á proponer la realizacion. Afortunadamente, nuestra humilde tentativa no ha sido infructuosa. El pensamiento adquiere cada dia mayores elementos y más vida: en el próximo número publicaremos el proyecto de reglamento y convocaremos á una reunion para dar comienzo á la organizacion de los primeros trabajos.

Escritas las anteriores líneas hemos tenido la satisfaccion de recibir una atenta carta de la señora duquesa de Santoña, en la que, contestando á otra que habiamos tenido el honor de dirigirla, relativa á la asociacion mencionada, expresa sus nobles y caritativos sentimientos, que ya conociamos por fortuna, como digna protectora de la infancia, y entre cuyo propósito se halla sin duda el objeto á que nosotros aspiramos y que hemos de ver realizado, á juzgar por los resultados de nuestra modestísima invitacion.

Tambien, entre otras distinguidas personas cuyos nombres publicaremos oportunamente, contamos con la adhesion decidida para cooperar con su inteligencia y sus nobles y elevados sentimientos, de la Srta. Doña Angela Grassi, directora de *EL CORREO DE LA MODA*, una de nuestras primeras escritoras, que ya en su precioso libro



La gota de agua expresa su vehemente deseo de que se abran esos asilos para la infancia abandonada. La idea, como se ve, se hallaba en el ánimo de todos cuantos sienten el impulso benéfico de la caridad; pero acaso se creía de difícil realización: acaso se temía lanzarse á realizarlo por temor de no conseguir resultado inmediato. *La Revista*, sin fuerza alguna para tanto, pero amparada en la protección que en nuestro país encuentran las ideas de caridad, ha creído más; ha creído que era la hora de la realización, y que podía, al par que el hospital para niños pobres, fundarse el asilo con independencia y separación completa de ambos edificios. Que uno de los medios más gloriosos de solemnizar la paz era la creación de ese asilo por una asociación. El pensamiento gana terreno cada día, y no otra cosa podíamos esperar en nuestra España, en donde tanto se distingue la mujer por la elevación de su alma y por su noble deseo de hacer el bien por el bien mismo.

## FLORES Y ESPINAS.

Revueltas veo que brotan  
En el valle de la vida  
Las más deslumbrantes flores  
Con las punzantes espinas:  
Juntas á la par del alma  
Brotan en la planta misma  
Con las dulces esperanzas  
Las ilusiones perdidas;  
Esas espinas crueles  
Que labran nuestra desdicha.  
El paisaje está muy triste  
Si el sol no le da alegría;  
Lo mismo que el corazón  
Si el amor no le ilumina

LUISA DURÁN DE LEÓN.

## A ANGELA GRASSI.

Era un árbol con hojas de esmeralda,  
De flores de oro en su extensión cubierto;  
Cayó una flor, y todas á porfía,  
En el instante lánguidas cayeron.  
Todo un año miré su aspecto triste;  
Todo un año miré su tronco seco:  
Brotó una flor, y de lozanas flores,  
en régia pompa se vistió soberbio.

Acaricié mi pecho una esperanza,  
Y abandoné el sagrario de mi pecho:  
Quise con otras enjugar mi llanto....  
¡Gran Dios, mi corazón era un desierto!  
Plácida realidad calmó mis ansias,  
—Realidad tan hermosa como un sueño—  
Y, cual blanca bandada de palomas,  
Mis esperanzas en tropel volvieron.

Por dos séres mi pecho generoso  
Latió veloz de gratitud á un tiempo,  
Que entrambos dieron á mi triste vida  
Enseñanza y virtud, dicha y consuelo.  
Perdí del uno la amistad: mi alma  
Desfalleció en horrible desaliento;  
Entre nieblas vagó la fantasía;  
Mi entusiasmo feliz cayó del cielo.  
Compadecido Dios de mis pesares,  
Su mano abrió con ademán risueño,  
Sí, que no es un presente de este mundo  
El don precioso de tu dulce afecto.  
Tú nueva vida difundiste al alma  
Que en alas de su fe levantó el vuelo,  
Edenes descubrió la fantasía,  
Altivo renació mi pensamiento.  
Plácida fuente de sabrosas aguas  
Es tu amistad á mi amargado pecho;  
Cifra, tu dulce nombre, de esperanza,  
Inspiración sublime tu recuerdo.  
Compañera tu alma de la mía,  
Perdió la soledad su helado tedio,  
Y ya, con el dulzor de tus palabras,  
Mi desmayado corazón sustentó.  
De tu cariño el celestial tesoro,  
Miserable y ruin, yo no merezco;  
Aunque te adoro con amor del alma,  
Con sincera adhesión y loco extremo.

AURORA LISTA DE MILBART.

## A ELLA.

## SONETO.

Como se ven por el cristal del río  
los granos de sus limpidas arenas,  
como se ven también las azucenas  
á través de las gotas de rocío,

Como en las noches del quemado estío  
tras de las nubes blancas y serenas  
se ve la luna, cual las almas buenas  
se ven detrás de su dolor impío,

Como por medio á la verdad se mira  
la fe del corazón que sin enojos  
en el fulgor de la virtud se inspira,

Así quisiera en mi aparente calma,  
á través de las niñas de tus ojos  
mirar los sentimientos de tu alma.

A. ALCALDE VALLADARES.

## EL CAUTIVO.

DEDICADO Á LOS

EXCMOS. SEÑORES MARQUESSES DE MANZANEDO Y DE PORTUGALETE,

DUQUES DE SANTONA Y DE BAILÉN.

En una oscura mansion  
lóbrega, fría y horrible,  
lamenta el pobre cautivo  
el dolor que le persigue;  
llora su doliente cuita,  
llora solo, solo gime,  
y paso tras paso, evoca  
de su pasado, asaz triste,  
su ya perdida ventura,  
hoy su desgracia: ¡infelice!  
que ya pasaron fugaces  
de sus horas juveniles  
las doradas ilusiones  
y el amor casto y sublime:  
llora de su alma agostada  
la flor lozana y humilde  
de la querida esperanza  
de su pasado: ¡infelice!  
que el ángel de la inocencia,  
asaz maltrato y triste,  
llora manchadas sus alas  
y pureza inmarcesible,  
y de su lodo apartado  
mustio y desolado gime,  
expiando hasta el tormento,  
este cautivo infelice,  
de no haber remordimiento  
que su mente mortifique.  
Que sólo resta á su vida  
de sus cadenas el timbre,  
y su letal amargura,  
y su calabozo horrible,  
sin que una voz, ó una mano  
amiga, consuele al triste,  
y apague de su martirio  
la cruel llama que le extingue.

Por eso el pobre cautivo  
solo llora, solo gime,  
arrastrando su cadena  
en su mansion tan terrible.

¡Y no habrá caridad, no tendrá el cielo  
Un alma pura, virginal, sublime,  
En quien depositar sólo un consuelo,  
Bálsamo siendo del que triste gime?  
¡Murieron de piedad, aquí en el suelo,  
Las obras santas que el cristiano imprime?  
¿O es que al triste mortal, en su locura,  
Ni le apiadan dolor, ni desventura?  
¡Fascinación! ¡engaño! Dios existe,  
y nobles almas alimenta el mundo;  
Al dolor, Caridad nunca resiste,  
Pues es de Dios el manantial fecundo  
Y en su ley sacrosanta luz subsiste,  
Que es la fe del cristiano y bien profundo;  
Norte de la esperanza que da el Cielo  
Ciento por uno, á quien prestó consuelo.  
Existe un Dios que adora la criatura  
Y una santa doctrina que Él explica,  
Y este valle de lides y amargura  
Donde consuelo á la aflicción se aplica,  
Hay de misericordia la obra pura  
Que en el santo Evangelio Dios dedica,  
Y un poema sublime de bonanza:  
La Caridad, la Fe y la Esperanza.

ANTONIO GUIJORA Y GOMEZ.

## EL NOMBRE DEL AUTOR.

## I.

Vamos á referir sencillamente una cosa, que tal vez no tenga otro mérito que el de la verdad; pero como no nos sería fácil probársela á nuestros lectores, abandonamos tal empresa, dejando que califiquen de historia ó de cuento, á voluntad, este sencillo episodio.

Hace noches se ponía en escena, en uno de los teatros de la corte, un drama que alcanzaba con aquella la vigesimaquinta representación.

Para nosotros era la tercera vez que asistíamos á ella; conocíamos el nombre del autor, pero no su persona, la que no habíamos podido distinguir más que en los momentos en que era llamado á la escena.

Ocupaba la butaca adyacente á la mía un antiguo amigo, ya que así se acostumbra á llamar en sociedad á la persona que conocemos hace mucho tiempo.

Al dejar mi abrigo en el respaldo de la butaca, sacar los gemelos de su estuche y recostarme un poco en la delantera, reparé en dicho amigo y entablamos conversación, comenzando por bendecir la casualidad que nos había reunido en aquella noche.

Hablamos naturalmente de la numerosa concurrencia, de los actores, del drama, y por último del autor.

—¿Le conoce V. me preguntó mi amigo.

—Personalmente, nó; le respondí: como poeta basta asistir á una representación de esta primera obra. ¿Lo trataría V. acaso?

—Es uno de mis mejores amigos.

—Entonces comprendo su asiduidad en no perder una sola noche.

—Una V. al cariño que Luis inspira á todo el mundo, el interés que naturalmente excita en mí el hallarme enterado de las causas que han motivado esta producción.

—Efectivamente: sé que el argumento de este drama se halla relacionado con la historia de su autor, pero hasta ahí llega mi ciencia.

—Pues bien, amigo mío, aunque sin dotes de narrador me prometo referirle, en los entre actos, el misterio algo novelesco que relaciona á mi amigo con su obra, y comenzaré por ponerle á V. en antecedentes ántes de levantarse el telón, suponiendo que tenga interés en oírme.

—Soy todo oídos: le contesté arrellanándome en la butaca.

Fijé mis ojos abstraído en las figuras del telón y preparé toda mi atención reconcentrada para recoger las palabras de mi amigo.

Este tosió, tomó también una postura cómoda, y después del indispensable "seré breve," comenzó de esta manera:

## II.

Luis nació con la peor estrella con que puede nacer criatura.

Su madre era pobre; él se crió enfermizo y no conocía á su padre más que de nombre.

Mientras tuvo pocos años lo creyó muerto, aunque extrañándole que su madre, mujer piadosa si las hay, haciéndole rezar todas las noches por una inmensidad de parientes difuntos, no le obligase á hacerlo por su padre.

Bastante rezaría la pobre señora á solas, para que Dios tocara el corazón del hombre que en su día había abusado de su credulidad y su cariño.

Esto no llegó á saberlo él hasta que tuvo la suficiente edad para ser un buen amigo de su madre.

No es del caso referir la historia de aquellos amores, que debió parecerse á la de muchos; sólo si diremos que el sujeto en cuestión era casado cuando conoció á la pobre María.

La conducta de ésta no era irreproachable, pero sí disculpable, atendida á la completa ignorancia en que se hallaba del estado de su seductor y á la dignidad con que se separó de su lado el día que lo supo.

Era sola y pobre; pero desoyó la voz de la necesidad rechazando el dinero que se la ofrecía, y ahogó la del cariño, huyendo de la corte, con su hijo, á un ignorado rincón de provincia, donde cosió, bordó, planchó y se dedicó á esas mil pequeñas industrias con que las mujeres de España pueden ganar un miserable pedazo de pan.

Tal vez quitándose ella de la boca se lo entregaba á aquel hijo de sus entrañas, que para ser más digno de su cariño, reunía á sus desventuras físicas y morales una inteligencia fenomenalmente precoz.

Así es que aunque con escasos medios de educación, la de Luis llegó á ser tan esmerada como la del hijo de un aristócrata.

Y llegó un día en el que después de confesar y comulgar María, llenó una pequeña maleta con todo su ajuar, hizo un lío con el de nuestro héroe, envolvió algunas monedas de oro en varios papeles, introduciéndolos en



su pecho para mayor seguridad, y con su hijo de la mano, que ya era un hombrequito, se puso en camino para ésta, donde la pobre madre soñaba, y no en vano, con un brillante porvenir para su hijo.

Ya en ésta, habitaron una modesta buhardilla, medio velada por las nubes y donde se debía oír perfectamente lo que se murmuraba por el cielo.

Las mismas industrias que en provincias les proporcionaban aquí el pan nuestro de cada día.

Las penalidades habían aumentado algo.

No era la menor de ellas el tener que subir y bajar María, varias veces por día, aquella interminable escalera, que la iba adel-



5. Sombrero Augot.

gazando y la producía una tos algo violenta.

En cambio el niño se iba haciendo hombre, causando la envidia de todos sus compañeros en estudios.

Yo recuerdo haberlos visto algunos domingos por la tarde, sentados en algún paraje solitario, y formando un grupo interesante aquella mujer pálida y delgada, que todavía conservaba restos de su hermosura, siempre vestida de negro, acompañada de aquel adolescente, cuya expresiva fisonomía é inteligente mirada fijaba la atención de cuantos le veían.

No necesito explicar la causa que obligaba á María á hacer una vida retirada y á escoger los parajes más solitarios para sus paseos semanales.

A pesar de esto, alguna vez veía María á lo lejos una fisonomía que le era muy conocida por desgracia.

Casi siempre veía al padre de su hijo acompañado de una mujer cuyo rostro le era descono-



4. Sombrero Derby. (Véase el núm. 18.)



7. Sombrero Pastora.

cido, porque nunca se había atrevido á fijar en ella sus miradas.

Cuando veía esta pareja aproximarse, María se levantaba precipitadamente y arrastraba á su hijo, dejando caer el velo de su mantilla para ocultar los hilos de lágrimas que se desprendían de sus ojos.

La repetición de estas escenas fué para su hijo la revelación de su desgracia.



8. Fichú de malla y peinado María.

Aunque sin atreverse á decirle una palabra, ni mucho menos á interpelarla sobre este asunto, la voz de la naturaleza se levantaba atronadora en su espíritu, y ardía en un vehementísimo afán de conocer á aquel hombre que no le podía conceder el título de padre, viéndolo al menos de cerca, pues como he dicho, su aparición ponía siempre en fuga á mis desgraciados amigos.

Una tarde en que sucedió esto, por la primera vez en su vida se atrevió á preguntar á su madre:

—¿Quién es esa mujer que lo acompaña?

María por toda contestación abrazó á su hijo, sintiendo éste en sus mejillas el calor de las lágrimas de su madre.



6. Sombrero Aida.

El efecto que esto le produjo fué inexplicable, según él mismo me ha confesado.

Se dejó caer con abatimiento sobre el hombro de la pobre María, estrechó entre sus manos las de ella y murmuró con amargura:

—¡Ah! ¡Con que es casado!

En aquel instante germinó en su espíritu un proyecto que decidió realizar á todo trance.

—Pero como creo que levantan el telón, se continuará, como en las novelas de los folletines.

—¿Y no me explicará V.?

—Proseguiré en el próximo entreacto, me replicó mi amigo haciendo punto final.

### III.

Antes de que bajaran la cortina, y cuando la sala entera estallaba en aplausos, le dije á mi narrador:

—Me parece que voy viendo claro, y que en el



9. Fichú de verano.





EL CORREO DE LA MODA  
*Periódico ilustrado para las Señoras*

Plaza de Isabel 2<sup>a</sup> II. Madrid.





drama que e  
vida de nues  
sante la figu  
su dignidad  
que ha sabid  
en lo posible







10 y 22. Vestido de percal.

drama que estamos presenciando adivino el de la vida de nuestro héroe; verdaderamente es interesante la figura de esa mujer seducida, sin perder su dignidad y su inocencia, y admiro el tacto con que ha sabido representar a su padre, aliviándolo, en lo posible, de lo execrable de su conducta.



12. Vestido para jovencita, y peinado Inocencia.

Desde la banqueta que ocupaba inclinaba su cuerpo con una rigidez nerviosa, en direccion de uno de los próximos palcos, fijando una mirada indefinible en las personas que lo ocupaban.

Eran estas un caballero de edad madura, que se hallaba frente a ellos, y en quien Luis reconoció a su padre.

Encontrábase en union de aquella mujer que siempre lo acompañaba, sin que nunca hubieran visto su rostro, siéndoles imposible distinguir de ella, en aquella noche, más que una espalda de graciosa curvatura y un talle esbelto y elegante.

María estrechó la mano de su hijo, y como si por este contacto le comunicara su deseo, ámbos se levantaron simultáneamente y abandonaron el local.

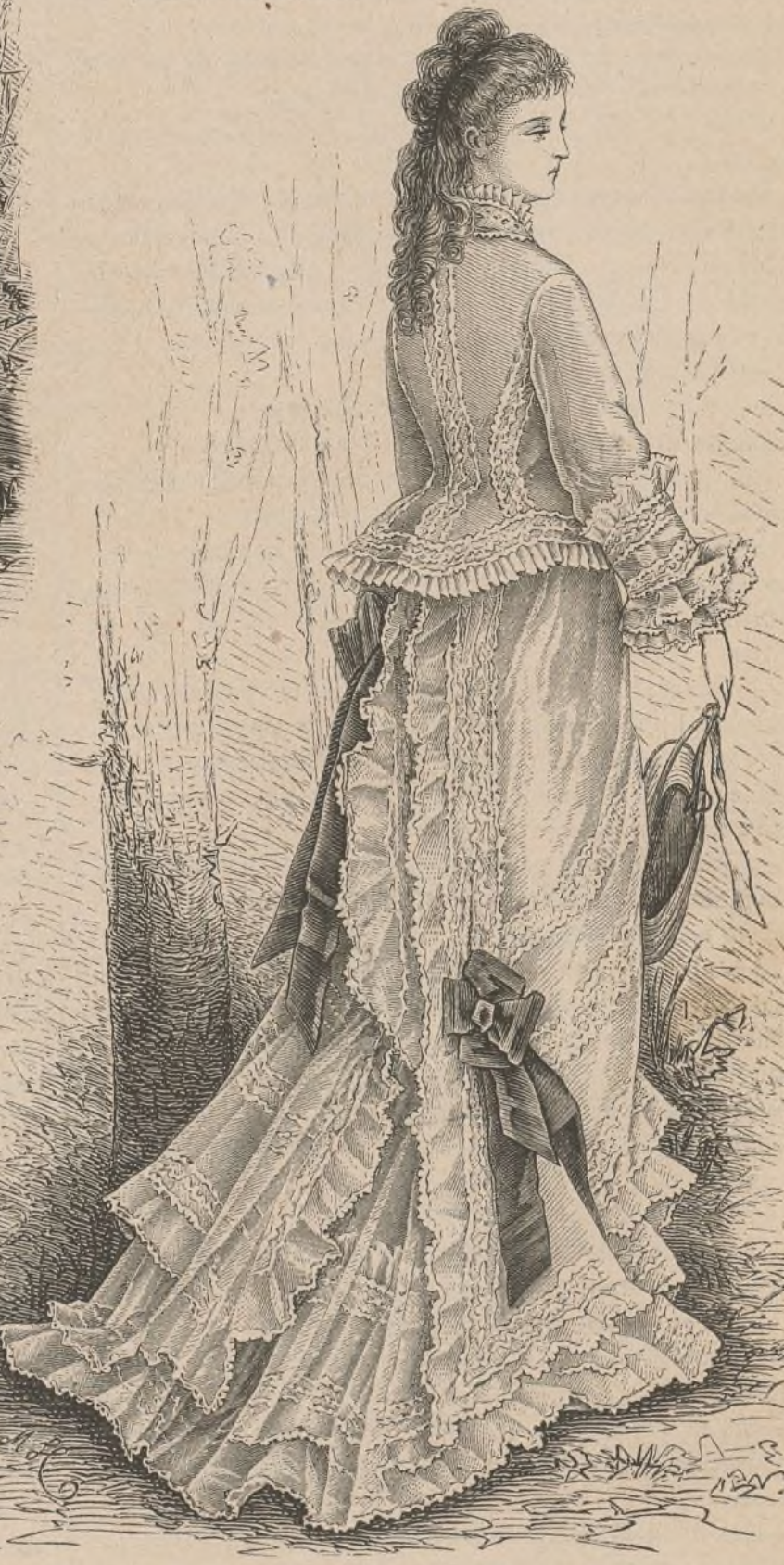
Pero ya en la puerta del pasillo, Luis no pudo re-



11. Vestido de muselina.

primir un movimiento maquinal y volvió su rostro hacia aquel palco, encontrando el de la desconocida. Con gran sorpresa suya, era este extremadamente hermoso y debía pertenecer casi á una niña.

Sin embargo, respetando el dolor de su madre, no la expresó su extrañeza y caminaron en silencio hasta llegar á su morada.



14. Vestido de muselina, con entredoses bordados.



13. Vestido de percal, con plegados.

VESTIDOS DE VERANO.

Ayuntamiento de Madrid



Entonces, bajo, no recuerdo qué pretexto, encontró medio de salir y volvió precipitadamente al teatro.

Durante el último acto no separó sus ojos de los de aquella mujer, encontrando en ellos y en todos los rasgos de su fisonomía una revelación de inocencia y de bondad de alma, que le atraía con una fuerza irresistible.

Al terminar la función aguardó en el peristilo hasta que le cruzó, rozándose con él, aquella misteriosa pareja.

(Se continuará.)

ADOLFO R. GAMEZ.

## EL PUENTE MAYOR DE VALLADOLID.

LEYENDA TRADICIONAL

por

LA SEÑORA DOÑA EDUARDA FEIJÓ DE MENDOZA.

### CAPÍTULO XI.

UN GRAN CRÍMEN.

Una mañana, antes de amanecer, salió D. Fadrique de la ciudad como tenía de costumbre, á pesar de las recomendaciones del peregrino, y se dirigió á las orillas del río.

Atravesó el puente Mayor, recién concluido, que se alzaba majestuoso y sombrío entre la bruma del amanecer, y le pareció como escuchar voces contenidas y que disputaban.

Curioso, siguió andando hasta que llegó en donde había una cantidad de grandes piedras, que habían servido para la construcción del puente, y que como éste acababa de terminarse, no las habían aún quitado de allí.

Le pareció que era en donde se oían las voces, y aún creyó oír pronunciar el nombre de Zoraida.

Aguardó algunos instantes, lleno de zozobra y de esperanza; pero como reinase en torno suyo el más profundo silencio, creyó que habría sido ilusión de su deseo, constantemente ocupado con el recuerdo de su adorada sultana.

Empezaba á clarear el alba, y la hora no podía ser más á propósito para meditar.

Se sentó en una piedra, y con la mano apoyada en la mejilla, se entregó de lleno á sus recuerdos.

Entre tanto su escudero y los hombres de armas, como á unos cien pasos de distancia, eran duramente reprendidos por el peregrino que se había reunido con ellos en las murallas del alcázar.

—¡No os he dicho que no os separeis de él ni un momento! decía con voz irritada al escudero.

—Señor, está allí..... ¡Miradle sentado en aquella piedra!....

Faltaban unos veinte pasos para llegar adonde estaba Don Fadrique. El peregrino se encaminó á aquel sitio.

Mas de repente vió que dos manos aparecían sobre la cabeza de D. Fadrique, armadas de un enorme pedrusco, el que dejaron caer sobre el desgraciado joven.

—¡Dios me valga! gritó el infeliz.

Y cayó al suelo con la cabeza destrozada.

Era ya día claro y se percibían bien los objetos.

Este horrendo crimen pasó en menos tiempo del que tardamos en referirlo, y sólo duró un minuto.

Cuando el peregrino, el escudero y los hombres de armas llegaron al lugar de la catástrofe, D. Fadrique no daba señales de vida y su cuerpo yacía en un lago de sangre.

—¡Horror, horror! gritó el peregrino estremeciéndose. ¡Dios mío! ¡Qué crimen tan espantoso, y estar tan cerca y no haber podido impedirlo! añadió indignado.

El escudero no pronunció una palabra; tal era su dolor y su asombro.

—¡Qué hacéis ahí parado como un poste? gritó colérico el romero. Id á registrar los alrededores todos, pues el asesino no debe estar lejos.

El escudero, que ya había vuelto de su sorpresa, se alejó rápidamente seguido de los hombres de armas.

En tanto el peregrino vendó la destrozada cabeza de Don Fadrique con un pañuelo empapado en un líquido que sacó de un frasco de hierro.

El pobre joven exhaló un suspiro y dijo con voz lenta y opaca:

—¡Me muero! Un sacerdote.....

—Es ya demasiado tarde y morireis antes que venga, contestó con acento triste y desgarrador el extranjero. ¡Oh! ¡Por qué no habéis oído mis consejos?

—El peregrino! murmuró con voz moribunda D. Fadrique.

—Sí, el peregrino, que llegó demasiado tarde para salvaros, pero que tendrá tiempo para vengar vuestra muerte.

—Era mi destino..... morir..... sin volverla á ver..... Zoraida..... suspiró lentamente el de Lara.

—¡Desgraciado joven! dijo el peregrino con tono compasivo; estar tan cerca, ver la piedra con que iban á asesinarte y no poder impedirlo.

—¡Dios lo ha querido! dijo el moribundo con unción; me siento morir y quiero que seáis mi confesor.

—Yo no soy sacerdote.

—Lo sé, pero..... quiero..... haceros..... una confesión.... mundana..... La de mis pecados..... la haré á Dios con un verdadero acto de contricción, dijo el joven como si le costase un trabajo horrible el hablar.

El peregrino acercó su cabeza á la del moribundo, y éste le dijo con ese acento profético de los que ya están cerca de la eternidad y con voz cada vez más débil.

—¡Dios ha querido que recojais mi último suspiro para que seáis mi testamento! Mahomed... es mi asesino... y él tiene encerrada á Zoraida... Estoy seguro de ello... lo estaba ya... el corazón no engaña... No le perdáis de vista. Velad por la... [condesa... y dadla mis recuerdos. ¡Dios mío! perdóname... y acógeme en tu seno! Y fijando los ojos en el azulado cielo, espiró.

Una lágrima asomó á los ojos del peregrino, y empapando en la sangre del joven un pañuelo, dijo solemnemente:

—¡Juro vengarte, desgraciado!

En aquel momento apareció el escudero y los hombres de armas.

—Nada, nada hemos encontrado, dijo, el malvado asesino se ha escondido en las entrañas de la tierra.

Después, viendo que su amo no hacía el menor movimiento, gritó desesperado:

—¡Muerto, muerto! ¡Y yo no recogí su último suspiro!

—Lo he recogido yo, que le vengaré, dijo el peregrino con voz de sombría amenaza; y luego añadió con más dulzura: Oremos por él, y que nuestras oraciones sean las primeras.

Y todos aquellos hombres se arrodillaron y oraron con fervor por espacio de un rato. En aquel momento apareció una gran polvareda á larga distancia, y muy pronto se descubrió el estandarte de Valladolid.

Era D. Pedro Ansúrez que llegaba con sus tropas y quería sorprender á la condesa, por lo que no la había avisado.

## SEGUNDA PARTE.

El constructor español.

### CAPÍTULO I.

LLEGADA DEL HÉROE VICTORIOSO Á SU SEÑORÍO.

Cuando D. Pedro Ansúrez llegó á la entrada del puente, ya le esperaba en él su esposa acompañada de su servidumbre.

El peregrino, al divisar el escuadrón del conde, hizo que algunos hombres de armas se llevasen el cadáver de D. Fadrique, escoltado por el escudero, y que otros avisasen á la condesa de la llegada de su esposo.

No quería que al llegar el héroe victorioso, lo primero que viese fuese el cadáver de su amigo y pariente, y que al menos sus primeras impresiones no fuesen desagradables: más tarde tendría tiempo de saber el horrendo crimen. Doña Eloisa también estaba ignorante de esta desgracia, por lo que se presentó al conde radiante de placer.

El peregrino se ocultó entre la muchedumbre; pero decidido á presentarse cuando hiciese falta.

Mahomed, aunque desesperado con la imprevista llegada de Ansúrez que descomponía todos sus planes y los de Omer, que ya llevaba por entonces muy adelantados, pues el príncipe moro, impulsado por su amor se había decidido á todo, acompañaba á la condesa y recibió al conde con la sonrisa en los labios.

Ansúrez, al mirar el puente, se quedó en extremo sorprendido. Lo menos que él esperaba era aquella obra colosal y grandiosa que tenía presente, como una imagen de su poderío; pero al ver á Doña Eloisa se olvidó de todo, y arrojándose del caballo la estrechó contra su corazón con noble y delirante cariño.

—Al fin estás en mis brazos, Pedro mío, exclamó la dama. ¡Ay! he sufrido tanto en tu ausencia, que creí que no te volvería á ver.

El semblante del conde se nubló, y dijo con resignada tristeza:

—¡Pobre Alonso! ¡pobre hijo mío!

—Está con los ángeles, contestó la condesa señalando al cielo.

Los caballeros y servidumbre de los condes se habían separado para dejar á ambos esposos en entera libertad.

Doña Eloisa, inclinada sobre el hombro del conde, le miraba amorosamente, y él acariciaba los cabellos rubios y enortijados de su esposa.

En aquel momento no se acordaban de que los miraba un pueblo y un ejército.

Se amaban tanto, hacía muchos meses que no se ha-

bían visto, y para ellos no existía otro mundo que su amor.

Por fin, D. Pedro rompió la cadena magnética que parecía ligarle á su esposa, y dijo con alegría:

—Eloisa, eres una gran mujer. Solo tú en mi ausencia podías haber pensado en llevar á cabo tan grandiosa obra.

Y señaló con entusiasmo el puente Mayor.

—¿Te gusta, Pedro mío? dijo la dama estrechándole cariñosamente las manos.

—Y cómo no gustarme, esposa mía, la mejor obra que hay en Valladolid, y la que más falta hacía? Yo no sé cómo antes no he pensado en ella. Ciertamente que me has dado una lección de talento y de buen gobierno.

—Yo... murmuró la condesa ruborizándose.

—Sí, mujer heroica; que cuando otras mujeres no tendrían más que fuerzas para llorar su desgracia de madre, tú lloras, pero hallas un noble consuelo en inmortalizar tu nombre y el de tu esposo, dijo el conde besando su mano con caloroso entusiasmo.

—No puedo permitir que me tributen todos los elogios cuando el que verdaderamente los merece es Mahomed, dijo la Condessa noblemente; y cogiendo al esclavo de la mano se lo presentó al Conde.

—Ya sabía yo lo que valías, Mahomed, dijo D. Pedro Ansúrez con aquel distinguido agrado que sólo á él pertenecía; pero hay que confesar que esta obra deja muy atrás á todas tus demás construcciones. Pídemelo que quieras por ella, pues no sabré negarte nada.

—La señora Condessa me ha concedido ya todo lo que yo podía apetecer: mi libertad, contestó el moro con salvaje alegría.

Mientras hablaban así, iba pasando el escuadrón del Conde muy poco á poco, pues como el puente era tan estrecho no cabían muchos en él, y el atravesarlo un ejército duraba mucho tiempo.

D. Pedro exclamó disgustado:

—¡Qué lastima! al fabricar este hermoso puente no habéis tenido en cuenta la época en que vivimos, y que es preciso estar apercebidos más para la guerra que para la paz; si la ciudad estuviese sitiada y se quisiesen traer tropas con ligereza, habría que apelar á las barcas, porque para pasar un ejército regular se necesitan muchas horas.

—Todos hemos hecho esta observación, se apresuró á decir la Condessa; pero Mahomed aseguraba que su estrechez también impedía la entrada á un ejército invasor...

—No era esta razón, replicó D. Pedro, para que quedase imperfecta una obra tan magnífica. Pero nada hay perdido, porque se puede ensanchar.

—¡Imposible! exclamó vivamente Mahomed.

—Difícil, lo comprendo, pero imposible... murmuró Ansúrez con extrañeza.

—Para mí al menos lo es, señor, contestó el moro con tono de falsa modestia.

—Y cuando lo es para Mahomed, tiene que serlo para todo el mundo, objetó tímidamente Doña Eloisa.

Don Pedro exhaló un suspiro y dijo:

—Lo siento mucho, y daría todos los tesoros que conquisté á los moros sevillanos, al hombre que fuese capaz de llevar á cabo esta nueva obra.

La oferta era magnífica; pero no tentó al moro, que se había jurado á sí mismo el vengarse y quería cumplir su palabra.

—Señor, siento no ser yo ese hombre, dijo con dolor aparente, pues á serlo, os complacería de balde; pero no creo que exista nadie capaz de hacer imposibles.

—Os engañáis, Mahomed, dijo á sus espaldas una voz vibrante y acentuada; le hay, porque lo que pide el Conde es la cosa más fácil del mundo, y vos mejor que nadie podríais hacerlo si no os lo impidiese vuestra mala fe.

Y el peregrino se adelantó hasta el Conde, cubierto con su traje y con el sombrero en la mano, del que se despojó, pero una capucha le cubría el rostro.

—¿Quién es este hombre? preguntó Ansúrez sorprendido.

—Un peregrino que viene de la romería de Santiago Apóstol, y de cumplir á sus pies un voto, dijo la Condessa.

—¿Y quién le ha afianzado ante vos, esposa y señora, preguntó gravemente el de Ansúrez.

—Estas letras del conde Castro y estas otras del emir Abderraman, alcaide de Ronda, contestó Doña Eloisa sacando de su escarcela dos pergaminos.

—Basta que vos lo digáis, señora, dijo el Conde, que repuso, dirigiéndose al peregrino:

—¿Y vos, misterioso romero, que no queréis descubrirnos ni ante mi corte ni ante mí, ¿os encontráis con fuerzas para añadir el puente, para hacer lo que Mahomed no se atreve á hacer?



—Sí, señor Conde, contestó el peregrino con voz entera y segura.

Lleno de cólera y espanto á la vez Mahomed, balbuceó con voz sofocada, dirigiéndose á D. Pedro.

—Es mi obra maestra, señor; me cuesta muchos desvelos... Al tocar á ella podrían falsearla... Quizá sea un enemigo de vuestra gloria... un traidor...

—El Conde de Castro y el Emir de Ronda responden de mí, dijo tranquilamente el peregrino.

—Sí, pero responden de que sois efectivamente un romero que va en peregrinación á Compostela, á cumplir un voto á los pies del Santo Apóstol, pero dicen por ventura esos pergaminos que seáis constructor? exclamó Mahomed con exaltación.

—Sí, veamos á ver si lo dicen, dijo el Conde con recelo.

—Yo respondo con mi cabeza de que al puente Mayor puede añadirsele, y de que soy capaz de llevar á cabo esa obra, dijo el romero.

—Señor, señora, gritó Mahomed, dirigiéndose desesperado á los Condes, este hombre va á echar á perder el puente.

Los dos esposos se miraron sin saber qué hacer. La Condesa, afligida y desconcertada, balbuceó por fin.

—No dejemos lo cierto por lo incierto. No privemos á Mahomed de su legítima gloria.

—Sea, señora; vuestro gusto es el mío, respondió Don Pedro.

Mahomed dirigió al romero una mirada triunfante; pero éste, sin hacerle caso, se acercó al Conde y le dijo con vivacidad:

—¡Por Dios, señor! Que no se diga que por primera vez el conde D. Pedro Ansures, el señor de Valladolid, ha sido cobarde! Mahomed sabe mejor que nadie que es posible añadir el puente, pero esto no conviene á sus fines.

—Basta ya, dijo D. Pedro con impaciencia.

—Podeis ser un hombre honrado, un leal caballero, un guerrero valiente, y sin embargo no entender de obras de construcción, añadió Doña Eloisa con más dulzura.

El peregrino, sin alterarse lo más mínimo, dijo con voz reposada y tranquila, dando al Conde un pergamino.

—Del noble D. Ramon Berenguer, conde soberano de Barcelona; en él veré vuestra merced que entiendo algo de construcciones.

Y el peregrino dirigió á Mahomed una irónica sonrisa.

El moro palideció: todo lo temía de aquel astuto enemigo que se había alzado tan de repente en contra suya.

—Perdonad mi desconfianza, dijo el Conde después de haber leído, dirigiéndose al romero con el mayor respeto. En estas letras, el soberano de Barcelona os llama uno de los mejores constructores de nuestro siglo. Ya estoy tranquilo, y deseo que empecéis vuestra obra mañana mismo.

Mahomed estaba convulso, y su bronceado cutis cubierto con el sudor de la angustia.

Veía que el peregrino le vencía, y que además de quedar por inepto, no podría lograr su venganza. Hizo, pues, un supremo esfuerzo y dijo:

—Comprendo que podreis ser buen constructor para hacer un palacio ó una iglesia española, pero no para ensanchar un puente de construcción árabe; sólo un árabe conoce su especial arquitectura.

—¿Y creéis que en Barcelona no hay buenos edificios? preguntó el peregrino con su imperturbable tranquilidad.

—Sí; pero no llegan á las construcciones árabes de Toledo ó Sevilla, dijo Mahomed desdeñosamente: comprendo que hareis un buen puente construido á vuestro gusto, pero no sois capaz de añadir el mío, de arquitectura enteramente árabe, y que sólo los que hemos nacido en países llenos de esas construcciones conocemos.

Don Pedro miró á su esposa como pidiéndola parecer, pero la Condesa nada contestó. Conocía que Mahomed tenía razón y que había mucha diferencia de la construcción árabe á la española.

El moro volvía á triunfar, y por esta vez parecía ser por completo.

No se alteró por eso el peregrino, limitándose á preguntar friamente á Mahomed.

—¿Qué pensáis de los edificios de Córdoba?

—¡Que son una maravilla! contestó Mahomed con el entusiasmo patriótico más exaltado, y sobre todo la última mezquita que se ha construido, será la admiración de los siglos venideros.

—Ved, señor, este pergamino del califa de Córdoba Abderraman; en él atestigua que yo he sido el constructor de la última mezquita, dijo el peregrino con altivez.

Don Pedro Ansures leyó el pergamino con la mayor sorpresa, y después se lo pasó á Doña Eloisa, tan sorprendida como él.

Entre los cortesanos se escuchó un murmullo de asombro. El peregrino iba tomando á sus ojos colosales proporciones.

En cuanto á Mahomed, anonadado y lleno de estupefacción, le pareció lo más conveniente desaparecer, y así lo hizo.

Los Condes tributaron mil plácemes al romero, y para honrarle le obligaron á marchar á su lado hasta el alcázar, en donde llegaron muy en breve.

En su dintel aguardaban las camareras Jaquelina y Mayor, con las hijas de los condes.

D. Pedro besó y abrazó á las niñas con entusiasta cariño, y luego dijo sorprendido y aún disgustado:

—¿En dónde está el gobernador de Valladolid? ¿Cómo mi pariente Lara no viene á saludarme?

—Es verdad, añadió la condesa inquieta. ¿En dónde está D. Fadrique?

El alcaide del alcázar, Manrique Yañez, se adelantó á besar las manos del Conde, y dijo con dolorosa tristeza:

—D. Fadrique de Lara ha muerto hace una hora, víctima del más villano é infame crimen.

—Yo lo atestiguo, que recogí su último aliento, dijo gravemente el peregrino.

—¡Dios mío! ¿Será posible? exclamó temblando la condesa. El muerto cuando ayer respiraba salud! ¡Él asesinado!

—Es la verdad, noble señora, dijeron á una voz el peregrino y el alcaide.

El Conde no pronunció una palabra, pero su rostro revelaba una cólera sombría y aterradora.

—Llevadme á donde está su cadáver, dijo con voz helada; necesito saber todas las circunstancias de su muerte, para que el castigo sea ejemplar y terrible.

Vos, señora, añadió dirigiéndose á la Condesa, casi desmayada, retiraos á vuestra estancia.

¡Ah! ¿por qué tan horrible catástrofe ha venido á turbar la dicha de este día?

(Se continuará.)

## REVISTA SEMANAL.

El salón del Prado.—La vida aristocrática.—Una conversación.—Chico y chica.

—¡A...chis!... ya me he constipado; pero hombre, qué tiempo este, parece imposible, tan vário; mire V. que hacer frío el 25 de Junio! ¡Vamos, cuando digo que no hay nada seguro!... Si lo hubiera sabido no hubiera venido á pasear á este sitio. ¡A...chis!... ¡Qué viento corre!... Gracias á que el gaban... bá, pero como es una tela de cebolla... *ni quita ni pone... pero ayuda á constipar.* ¡Cómo ha de ser, paciencia!

Y ya que estamos en el Prado, no es cosa de marcharse sin dar siquiera una vuelta... de todos modos, ¡a...chis!... la daremos de prisita. ¡Marchen!...

\*\*\*

Parece muy fácil ser aristócrata, y no lo es tanto. Aristócrata dice unas veces, *noble*. Otras, *neceio*. Otras, *nada*.

El aristócrata noble, el verdadero, menosprecia los detalles para atender al conjunto.

El aristócrata neceio, el improvisado, sacrifica en aras de un traje, de una atildada frase, de un ridículo modo de ser. Vive de los detalles, careciendo de un conjunto.

El aristócrata *nada*, va diciendo:

Aristócrata te llamas

Y no te lo llamas mal.

Porque al fin eres un ganso

Con plumas de pavo real.

Estos dos últimos *aristócratas*, no faltan nunca donde puede haber gente; huelen á almizcle, dicen ser ricos careciendo de todo, y enseñan palpablemente por doquier que van, lo ridículo de su modo de ser... y tarde ó temprano, ven que por ello pasan; aquello de *las alas de cera*... ¡desgraciados!... pero ellos se tienen la culpa.

El Prado, como es consiguiente, abunda en este género de aristócratas; si no ¡qué sería del Prado!...

¡Pobres niñas!... Vuestro sencillez corazón no puede comprender la falsedad del tipo social que os rodea, asedia y persigue, empeñado en una lucha que su típica vida le concede.

Vosotras, pobres niñas, no veis más que el hombre tal cual se os presenta á la vista; no llegáis á comprender encierre tras el cruzado chaleco de piqué, guardado por dos filas de amacados botones, un corazón, miento, una piedra que se deja ver una vez desabrochado el elegante *saco* que le tapa. ¡Oh! Si vuestras lindas manos se atreviesen á hacer tal, si las de un operador, tras disecciones continuadas, llegaran al punto que ocupa el gran motor de la circulación, encontraríais unas y otro anómala-mente transformado en un *panecillo frances*, poroso hasta lo sumo, bien en una pequeña *lenteja*, bien en un terrible *adquirín*, que al notar la curiosidad de semejantes manos os heriría, dejando por recuerdo á vuestros logrados exámenes, por lo menos, un *chichón* de tamaño colosal. Más vale por eso dejarle vivir sin pretender observar sus movimientos; que algún día caerá por su propio peso á los pies del que quizá orgulloso lo posee. Entonces, creedme, vuestros diminutos pies lo pisarán, y sentireis el quejido de su organización, que vuestro pie desmoronará... ¡ni para empedrar servirá!

Pero me pierdo en consideraciones monótonas y de nin-

gun valor quizá, toda vez que el ver el *hoy* y no el *mañana* es nuestro propósito.

Estamos, como ya dije, en el elegante paseo del Prado.

Como exhibición moderna, como feria constante, como tierra cristiana con... *moros en la costa*, se nos presenta, de uno á otro extremo, lleno de flores, de hojas y de espinas, complemento de todo.

Filas de sillas se deshacen para formar tertulianos, corrillos que distraen agradablemente, y que más de un enamorado galán observa con creciente envidia.

Elegantes damas recostadas en el enrejado respaldo con negligente *sans façon*, como diría un *elegante*, que dice lo que no sabe y pronuncia lo que no entiende; niños de acá para allá, en discordante gritería que place, porque armonía tiene al producir la angélicos aires (y además, lo discordante es, como si dijéramos, lo que priva, dígalo sino la moderna música de...) respetables papás, bellas hijas, peripuestos pollos y... demás, pueblan el precioso salón... pero... vamos á sentarnos.

Pero hombre, cuántas cosas se dirán en este Prado... Quisiera saber... ¡A... chis!...

\*\*\*

—¡Jesus!... (Esto me lo decía una mamá que al lado de su esposo é hija, espera sin duda, le conteste, pagándole con un ¡Dios le ayude! su atención). Esto creí al principio, pero no señor, al fin la mujer... claro, si no habla...

—Caballero, V. dispense la franqueza.

—Es V. muy dueña...

—No, señor... es que equivocadamente le dije ¡Jesus! me figuré era mi esposo el que...

—Señora... de todos modos, muchas gracias... á los pies de V.

—Beso á V..., á... chus.

La verdad, al oír la estornudar, pensé no contestarla, pero me figuré una grosería no hacer tal, y casi porque no dijera, exclamé:

—Jesus, señora... al mismo tiempo que levantándose evadía tener que volver á escuchar alguna otra frase cual la que anteriormente me había dirigido... pues... asómbrense VV., ni siquiera me dió las gracias... sólo me contestó con una fría mirada que me acabó de... helar... ¡Hacia tanto frío!

Y... ¡fiese V. en los corrillos del Prado!

\*\*\*

No paraba de estornudar.

Creía morirme.

La tos me ahogaba... Tomé un coche... Llegué á casa... Pensé en el resultado de mi paseo, y me vino á dar el siguiente:

Chica y chico de cerveza y limón.

Lo explicaré.

Reacciones frías.

La espuma de la ingratitud.

El mareo de la necesidad.

Nueva sed—tiempo perdido.

ALBERTO DIAZ DE LA QUINTANA.

Por un error de imprenta, apareció equivocada la linda charada inserta en el núm. 23, correspondiente al 18 de Junio, pues donde dice: *una dos debe decir la dos*. A pesar de esto, sin duda el buen sentido de nuestras suscriptoras rectificó la errata, pues nos han remitido su solución las señoritas Doña Concepcion Arévalo, de Buitrago; Doña Carmen Urrutia, de Salamanca; Doña Josefa Paredes, de Zaragoza; Doña Salvadora Barrios Lopez y Lopez, de Santander; D. Carlos Jimenez, de Soria; D. Clemente Sanchez, de Játiva, y D. Leon Aguirre, de Madrid.

SOLFADO.

Solución al logogrifo.

ESPERANZA.

## CHARADAS.

I.

Imperativo es prima  
De cierto verbo,  
Y cosa necesaria  
En todos tiempos.  
Jamás se juntan  
Sin hacer mucho ruido  
Prima y segunda.

La segunda y tercera  
Es una parte  
De un antiguo proverbio  
Muy dominante,  
Puesto que obliga  
A que una de dos cosas  
Pronto se elija.

Musical nota es terciar  
Que á prima unida  
Donde hay cuentas corrientes  
Cosa es precisa;  
Porque demuestra  
El final resultado  
De dichas cuentas.

El todo es un residuo  
De una operación,  
Antigua y muy sencilla  
Que aún se practica hoy:  
Precioso resto  
Higiénico, aplicable  
A mil objetos.

JERÓNIMO COUDER.

26 de Enero 1876.



## CORRESPONDENCIA.

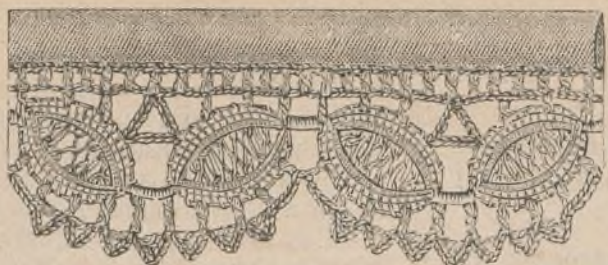
*Rosas de Mayo.*—No es bastante perdonar; es preciso también olvidar. Las auras de primavera vivifican las flores, es cierto; pero también suelen convertirse en vendabal y destrozarlas. Comprenda V. el consejo que la doy, y que sin duda me agradecerá con el tiempo que se lo haya dado.

*Gabriela.*—Con una túnica de granadina se lleva falda del mismo color y género, ó de seda. Algunas gotas de extracto de Saturno en el agua, blanquean efectivamente las manos y la cara; pero si se abusase, traería funestas consecuencias. Lo mismo sucede con el amoniaco; si se empleasen más de dos ó tres gotas en el agua para lavarse la cabeza, abrasaría el pelo.

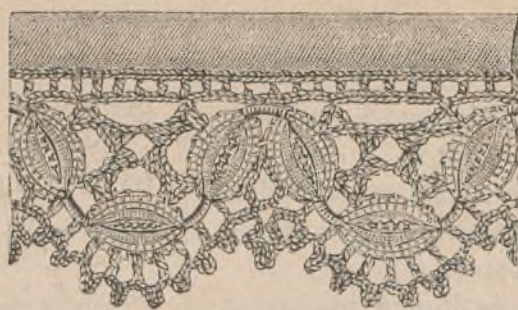
*Barbaastro.*—Los chales y los fichús se anudan por delante en vez de cruzarlos sobre el pecho, como el año pasado. Mil y mil gracias por sus elogios que le agradezco infinito.

*Primavera.*—Dice un profundo escritor que las bromas son como la música; un poco, si es buena, agrada; pero si se prolonga demasiado, fatiga y acaba por aburrir. Las redecillas de felpilla se llevan también de color, y son muy cómodas para viaje, pues disimulan las imperfecciones del peinado.

Hemos tenido el gusto de ver en los periódicos



15. Punto de crochet y trencilla.



16. Puntilla de crochet y trencilla.



19. Vestido con coraza larga.

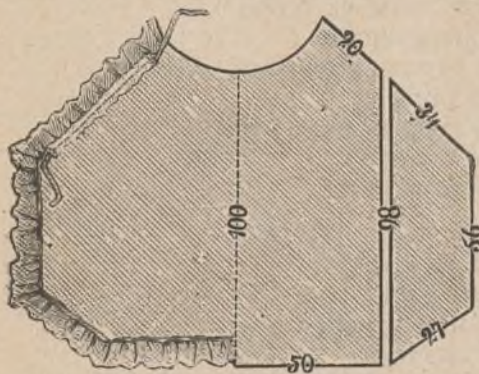


17. Sombrero Regente.

de Málaga, que en el certámen verificado el 19 de Junio obtuvo un primer premio nuestro amigo y colaborador D. Juan Tejon y Rodríguez, poeta de aquella ciudad y residente en esta corte, donde es conocido por las composiciones que ha publicado en diferentes periódicos. Felicitamos al Sr. Tejon por el nuevo triunfo que ha alcanzado, y que no es el primero que en las contiendas literarias ha sabido conquistarse.

Le enviamos por su triunfo la más cordial enhorabuena.

La Ilustración Popular Económica, que se publica en Valencia bajo la direc-



22. Modo de disponer la túnica núm. 20.



23. Traje con dolman.

20. Vestido con coraza larga y túnica albornoz.

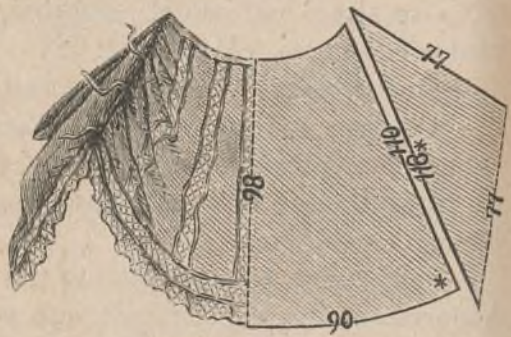


18. Sombrero Derby visto por la espalda. (Véase el núm. 4.)

de hacerse de percal, oxford ó lanilla. El modelo es fondo color de ciruela con rayas escocesas. La falda corta, deja ver la botita de ante, y lleva por adorno los volantes fruncidos y albiés. Blusa cerrada con tres hileras de botones, ceñida al talle con un cinturón de cuero natural. Las solapas de las mangas y el cuello marinero van cubiertos de azul claro. Sombrero Danitcheff, última novedad. Es de paja negra con pasa Maria Stuart, forrada de seda maíz, consistiendo el adorno total en faya azul y rosa de diferentes tonos y pluma de gallo.

TIRAS BORDADAS EN TELAS BLANCAS Y DE COLOR.

Especial surtido de dibujos del mejor gusto y novedad. Comercio del Angel, Esparteros, núm. 3.



21. Modo de arreglar la túnica núm. 20.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.<sup>a</sup>, 2.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup> Edición, recibrán con este número el FIGURIN ILUMINADO, y las de la 1.<sup>a</sup>, 3.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup> el pliego de dibujos para bordado.

Administración, Plaza de Isabel II, núm. 2.

Tip. de G. Estrada y C.<sup>a</sup>, Doctor Fourquet (antes Yedra), 7.

Editor-proprietario: Carlos Grassi



# CORREO DE LA MODA.

2 de Julio de 1876.

DIBUJOS PARA BORDADOS.

DERECHO.

1. Angulo y cenefa para tapete de mesa. Bordado con lana de colores vivos, sobre paño o cachemir negro o color oscuro.

2 y 3. Capa de lustrado para recten nacido. Bordado con soutache y punto anudado.

4 y 5. Dibujos para carteras, petacas, etc. Bordados con soutache, cordoncillo de seda o de oro. La primera está destinada a un cazador; la segunda lleva atributos de pintura; la tercera de música, y la cuarta está en blanco para que se pongan las iniciales.

6. Escudo para pañuelo.

7 y 8. Limoneros bordados. El núm. 7 representa la parte de delante, que se completa con la punta que vuelve, núm. 8, formando cartera. El núm. 9 representa la parte posterior.

10. Guirnalda con iniciales. Bordado sobre piel.

11. Cenefa de soutache para trajes de niños.

12 y 13. Letras enlazadas con corona encima.

14 y 15. Letras y cifras.

16 y 17. Cenefas bordadas a la inglesa para ropa blanca.

REVES.

18. Cubierta para cojín. Batista sobre tul, recortada la primera y sujetos todos los contornos con trefil.

19. Cenefa bordada al pasado para tapetes.

20 y 21. Cenefas bordadas con trefil para trajes.

22. Medallón bordado a plumetis y calados.

23 y 24. Cenefas bordadas a plumetis para camisas de caballero.

25 y 26. Letras y cifras bordadas a plumetis.

Terminación del alfabeto empezado en el pliego de dibujos anterior.

Alfabeto para sábanas bordado al pasado.

